



Sermón Dominical

REV. REBECA MONTEMAYOR LÓPEZ

DOMINGO 09 DE AGOSTO 2026

HACIA LA META CON ESPERANZA UN LLAMADO A **DERRIBAR FRONTERAS Y COMPARTIR LA MESA** MARCOS 2:13-17

La vocación cristiana es iniciativa de Dios. Gratuita, incluyente, misteriosa y, al mismo tiempo, *urgente*: “*Sígueme*”. Es palabra de Jesús. A veces disparada como un rayo en un cielo sereno: de improviso. Es palabra de Jesús. A veces no se conoce todo el camino, y el que se anda no se comprende del todo: Es palabra de Jesús. El lugar, la circunstancia, la propia valoración no son determinantes: Es palabra de Jesús.

Dar una respuesta a Jesús es ir en pos de Él. El llamado y la llamada siguen a su Maestro. Pero que quede claro que este gesto de seguir a Jesús no es irracional, o ciego; es confianza y abandono. Y su llamado es un misterio, porque nadie queda excluido ni excluida de él; no hay barreras que su amor no rebase por causa nuestra; no hay tradiciones que se interpongan entre su amor y nuestra urgencia fundamental: ser transformados; no hay lugar donde él no esté dispuesto a entrar con tal de llamarnos a formar parte de su gran familia. Porque el llamado de Cristo derriba barreras e invita a compartir la mesa, el llamado de Jesús abre caminos de gracia. Hoy Jesús nos dice: “*Sígueme*”.

Un llamado que derriba barreras

De todas las vocaciones hechas por Jesús, la que más se distingue de las demás es ésta de Mateo, que nada parece encajar con las restantes del grupo. Practicaba uno de los más sucios oficios, el del publicano, es decir, recaudador de impuestos. No sólo sacaba dinero a sus compatriotas, y con

no poca usura, sino que se incluía, sobre todo, el haberse vendido a los que los oprimían y ayudar a llenar las arcas de Herodes Antipas y del imperio romano. Es fácil imaginar la repulsión con la que la gente de su pueblo los trataba, y qué decir de los demás discípulos que tenían que recibir a un traidor entre sus filas.

Pero pasando por encima de fronteras religiosas, sociales y políticas, Jesús invita a un hombre segregado de la comunidad por su oficio impuro, equiparado con los pecadores públicos, el colaboracionista con los romanos, incapaz de acercarse a Dios por su impureza, y le ofrece la alternativa de la esperanza. Jesús destaca a un despreciado recolector de impuestos y le pide que lo siga. ¿De qué utilidad puede ser este hombre – no es él un lastre?

¿Qué pasaría por el corazón de Mateo? Creo que debe haber sido un hombre con un corazón dividido. Por una parte, su amor por el dinero y las comodidades que éste le ofrecía: pero por otra, un hombre solo, temeroso de alguna venganza por parte de los nacionalistas judíos, un hombre aislado de su gente, y sobre todo, de Dios, de su culto y su Palabra. Y si a ésta se le agrega el desprecio y el miedo, podría comprenderse que estas “riquezas” mal habidas no producen paz interior.

El dinero puede ofrecer muchos distractores, pero cuando uno se da cuenta que la gente no lo sigue sino por lo que uno vale en sí mismo, sino por lo

que uno puede comprarles, cuando uno reconoce que con nada se puede adquirir la paz y el amor genuinos, es entonces, que se descubre la vaciedad de la vida, la verdadera urgencia y la imposibilidad de recibir, en las condiciones actuales, lo que verdaderamente se necesita. Se requiere un cambio que vaya a la raíz del alma y de un poder externo capaz de transformarlo todo.

Seguramente esta no fue la primera vez que Mateo se encontró con Jesús. Sin duda habría oído hablar del joven galileo que andaba predicando un mensaje nuevo y atrayente, que hablaba con una autoridad como nunca se había visto anteriormente, y algo extraño, y a la vez alentador, que incluía entre sus amigos y seguidores a personas que como él eran considerados impuros y de dudosa reputación. Quizá le había escuchado hablar en algunas ocasiones, mezclado entre la multitud, cubierto, para no ser identificado, y las palabras de Jesús habían estremecido su corazón.

Quizá Mateo se preguntó interiormente si era demasiado tarde para levantar el vuelo en busca de un mundo nuevo, y si Jesús sería capaz de aceptarlo y darle una palabra de amor y una transfusión de vida nueva. ¿Será posible que mi vida pueda cambiar radicalmente y recibir esa paz y ese sentido nuevo para mí, a estas alturas y en estas condiciones? Es pregunta que, si somos sinceros, todos nos hemos hecho alguna vez, o la estamos haciendo ahora mismo. Pero Jesús ve en Leví su potencial escondido y lo invita a ser su amigo. Y es que Jesús no mira como miramos nosotros, no juzga como juzgamos nosotros y no actúa con los “despreciados de la sociedad” como actuamos nosotros.

No mira solamente lo que somos, sino lo que podemos ser con el poder de su Palabra y compañía. Y es a ciento por uno, tiene su costo y él estuvo dispuesto a pagarlo: Jesús derriba las barreras. Es así que acercándose a la mesa donde estaba trabajando Mateo, Jesús pronuncia la gran palabra, la única y poderosa palabra: ¡Sígueme! (v.13). La iniciativa parte de Jesús y en su invitación gratuita e inesperada resuena la llamada de Dios frente a la que no es posible vacilar. ¡Tienes que decidirte!

La vida cristiana es una decisión que resulta en una respuesta. Su llamada tiene una nota de urgencia, porque es llamada en el tiempo favorable, el tiempo de la salvación, el plazo final. A la llamada hay que contestar enseguida; es la gran ocasión que hay que saber aprovechar. Pero la llamada también exige una separación radical. No se trata solo de dejar las redes o un trabajo; va más al fondo. Exige un nuevo estilo de vida, con los pensamientos, palabras y acciones desde los valores del Reino que nos invitan *a poner las manos en el arado y a no mirar atrás*.

Jesús no llama desde una neutralidad ingenua, que no toma partido frente al pecado. Pone al hombre frente a la conversión y le pide que abandone lo que le estorba y lo que hay de injusticia en su vida. Pero más que una separación es un seguimiento. Esa es la razón de la separación: una libertad para un nuevo proyecto: *“Pescadores de hombres”*. Y esto es lo que importa: ¡Seguir a Jesús! Y significa recorrer su camino y a la vez un accionar permanente de la gracia y misericordia de Dios.

Podría parecer un camino de muerte, pero es de vida a ciento por uno. Podría parecer un proyecto imposible, pero todo es posible para el milagro de Dios. Podría parecer un proyecto para unos pocos, para gente recta bien dotada; pero no, es para todos, para “justos” y para pecadores; para sanos y enfermos. Recordemos que Jesús, cuando llama a sus discípulos, no lo hace en un lugar privilegiado para unos solamente, sino en la orilla del lago, en donde vive la gente, en la vida cotidiana. Jesús nunca bajó la guardia. Si podía encontrar a un ser humano para devolverlo a Dios mientras iba caminando, lo encontraba y cumplía con el deber de su amor, que era el deber del amor de su Padre. ¡Qué cosecha podríamos recoger nosotros si estuviéramos todo el tiempo buscando la oportunidad de hacer la obra que Dios nos ha encomendado!.

Y Mateo, abandonándolo todo, se paró y le siguió (v.14). La respuesta incondicional nos habla del cambio que hay en la persona que responde. El verbo que se usa para referirse a “levantarse” (*anístemi*), connota la idea del paso de la muerte a la vida. Es el mismo verbo que se emplea para

para referirse a la resurrección de Jesús. Es el mismo verbo que se usa para referirse al llamado que Jesús hace a los enfermos para levantarse a una nueva vida, sana y limpia.

No es un cambio de fachada, no es una arregladita momentánea, es necesario nacer de nuevo; es como dice el apóstol Pablo: “El que está en Cristo, nueva criatura es, las cosas viejas pasaron, he aquí todas son hechas nuevas” (2ª. Cor. 5:17). Y Mateo lo dejó todo y le siguió. Obtuvo manos limpias, adquirió un trabajo más digno y su testimonio escrito ha llegado hasta nuestros días y cimbrando a millones de hombres y mujeres por más de dos mil años, para salvación y novedad de vida.

Un llamado a compartir la mesa.

Cuando Mateo se hubo entregado a Jesús, lo invitó a su casa e invita a sus amigos a que conozcan a Jesús. Resulta, como era lógico que sus amigos fueran como Mateo había sido. Allí estaban Jesús, los discípulos y los amigos pecadores y rechazados, departiendo con este galileo que había transformado la vida de un hombre (v.15). La mesa es lugar de comunión, de dignidad restauración. Comer juntos era signo de aceptación y amistad. Jesús convierte la mesa en espacio de inclusión, donde los marginados son invitados de honor.

Pero a distancia, fuera de la casa, estaban también los fariseos, los separados, los justos, que al ver la escena se disgustan, murmuran y hacen llegar su opinión a los discípulos “¿Qué es esto, Jesús comiendo con publicanos y pecadores? (v.16), con “la gente de la tierra” como se les llamaba. Jesús escucha y responde con una simplicidad ejemplar: “los sanos no tienen necesidad de médico, sino los enfermos”. No he venido a llama a justos sino a pecadores” (v.17). Levi, un hombre muy especial, despreciado por los justos, es el recipiente de la gratuita compasión y perdón de Dios. Jesús ve su potencial escondido y lo invita a ser su amigo. ¡Qué chocante debe haber sido esta respuesta de Jesús!

No sería buen médico el que solo visitara la casa de los sanos, a los que se sienten satisfechos consigo mismos, a los que están convencidos de su bondad y que creen que no necesitan ayuda de nadie, a los

que están más preocupados por su propia santidad que por ayudar “a un pequeñito” que los necesita urgentemente; a los que se ocupan más en criticar que en animar a los demás, a los que juzgan con severidad, pero que no están dispuestos a ensuciarse las manos para ofrecer levantar a quienes han tocado fondo por el dolor o la desgracia.

No, Jesús dice: “yo he venido a sanar y salvar lo que está enfermo y perdido, a los que se desprecia y a los que me necesitan; a los que anhelan vivir de una manera distinta y servir al mundo como yo estoy sirviéndole. A ellos los haré mis discípulos, con ellos formaré mi iglesia, y con ellos anunciaré a través de los siglos, el amor de mi Padre y su voluntad de redención a la humanidad”. Y no es casualidad que Mateo haya escrito en su evangelio: “*Dios prefiere la misericordia antes que el sacrificio*” (Mat. 12:7). Dios prefiere el amor antes que el odio, la paz antes que la guerra; la alabanza sencilla y gozosa, antes que los rituales fríos y excluyentes. Dios prefiere que la gente viva de una manera totalmente distinta: ¡Libre! “*Y conocerán la verdad, y la verdad os hará libres*” (Juan 8:32)

Lo sagrado es la vida, las personas, el corazón merecedor de la gracia y amor de Jesús, y una comunidad que se comparte y entrega en la fraternidad y sororidad Y si hay que orar, hazlo: “Jesús sana mi corazón arrogante, despreciativo y juzgador, de manera que me pueda sentar a la mesa contigo y con todos tus amigos, que sean mis amigos también”. Esta es nuestra gran tarea, proceder como Jesús procedió, sin poner pretextos, sin excluir a nadie, porque Dios quiere seguir redimiendo al mundo mediante nuestra misericordia, la arrogancia y el desprecio no tienen cabida en la familia de Jesús.

Las iglesias debemos unirnos con otras, así como con organizaciones sociales y humanitarias para fortalecer nuestro testimonio de servicio y solidaridad ¡y compartir la mesa! Un ejemplo, que me ha conmovido siempre, *Médicos Sin Fronteras*, organización humanitaria internacional que opera en más de 70 países, que brinda atención médica de emergencia en zonas de conflicto, desastres naturales y crisis de salud pública y

atención a migrantes y desplazados. Atienden a personas sin importar raza, religión, ideología o bando político.

El espíritu de MSF se conecta con el evangelio que reflexionamos hoy, Jesús como médico que se acerca a los marginados. Así como Cristo se sienta a la mesa con quienes eran rechazados, MSF se sienta en las "mesas" de los campos de refugiados, hospitales improvisados y comunidades olvidadas, llevando sanidad y dignidad. Hoy en medio de este tiempo de violencias despiadadas y exclusiones crueles, somos desafiados a seguir a Jesús, a escuchar su llamado, a quitar las barreras que nos estorban y a compartir la mesa. Hoy es tiempo de *amar* a todos aquellos a los que Jesús ha amado tanto. Hoy es tiempo de estar donde urja la gracia de Dios.

Que el llamado de Jesús, "**Sígueme**" haga eco en tu corazón y tu mente, como un himno, como una promesa, como una plegaria: *"que en mi puedan ver a Jesús, que en mi pueda n ver a Jesús, contando la historia de su gran amor, que en mi puedan ver a Jesús."*

AMEN.

Iglesia Bautista Shalom
Av. San Jerónimo 137
San Ángel.
CDMX
T. 55 5616 7732

